

# UNA BANDERA A ORILLAS DEL GRAN RÍO

Ambrosio, Luciano, Mariana, Bautista y Candelaria vivían a orillas del Paraná en los tiempos del general Belgrano. Eran niños muy trabajadores y sabían pescar muy bien navegando en pequeñas canoas y utilizando la red para atrapar los peces. Como a todos los niños, les gustaba mucho jugar juntos, pero a veces no se daban cuenta de los peligros que corrían. Fue durante los días de febrero de 1812 que estos niños conocieron a un militar que parecía estar poseído por un espíritu, una visión; y también, al atardecer de un día inolvidable para todos los habitantes del lugar, un paño celeste y blanco. Ese paño era tan poderoso que tuvo que ser escondido para que nadie lo viera.



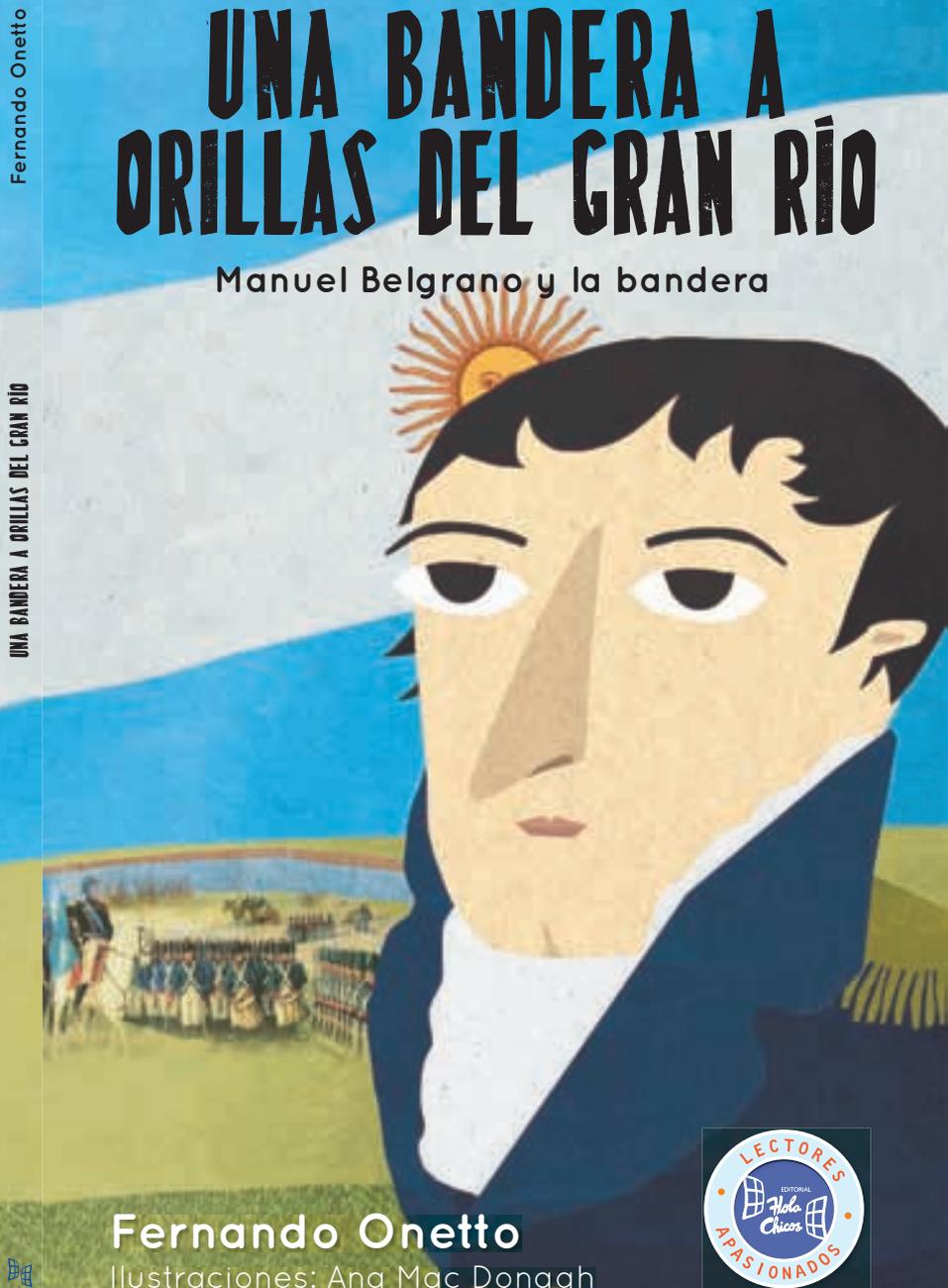
ISBN 978-987-4007-31-5



# UNA BANDERA A ORILLAS DEL GRAN RÍO

Manuel Belgrano y la bandera

UNA BANDERA A ORILLAS DEL GRAN RÍO



Fernando Onetto

Ilustraciones: Ana Mac Donagh



NUESTRA  
PATRIA

# UNA BANDERA A ORILLAS DEL GRAN RÍO

Manuel Belgrano y la bandera



**Fernando Onetto**

Ilustraciones: Ana Mac Donagh



EDITORIAL HOLA CHICOS

Av. Callao 1121 4° "D" (1023) CABA, Argentina.

Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998

e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar

www.holachicos.com.ar

UNA BANDERA A ORILLAS DEL GRAN RÍO

Autor: Fernando Onetto

Ilustraciones: Ana Mac Donagh

Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

ISBN: 978-987-4007-31-5

Producción gráfica realizada por Provisiones Gráficas. Marzo 2019

Onetto, Fernando Luis

Una bandera a orillas del gran río : Manuel Belgrano y la bandera / Fernando Luis Onetto ; ilustrado por Ana Mac Donagh. - 1a ed. - 1a reim.p. Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2019.

88 p. : il. ; 20 x 12 cm. - (Nuestra Patria)

ISBN 978-987-4007-31-5

1. Historia Argentina para Niños. I. Mac Donagh, Anahí, ilus. II. Título.

CDD 982

© 2019 Hola Chicos SRL

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723  
Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

LA FOTOCOPIA  
MATA AL LIBRO  
Y ES UN DELITO



# ÍNDICE

|   |           |
|---|-----------|
| <b>Enamorados del atardecer . . . . .</b>               | <b>5</b>  |
| <b>El sargento Sosa . . . . .</b>                       | <b>19</b> |
| <b>El rancho de Juan Ludueña . . . . .</b>              | <b>31</b> |
| <b>La Batería Independencia . . . . .</b>               | <b>45</b> |
| <b>Una bandera a orillas<br/>del Gran Río . . . . .</b> | <b>57</b> |
| <b>Soldado negro a la vista . . . . .</b>               | <b>73</b> |
| <b>Sobre el autor . . . . .</b>                         | <b>85</b> |



# ENAMORADOS DEL ATARDECER

Verano del año 1812. El sol arrancaba agujas blancas de un pedazo de metal. Era la punta de una bayoneta; Luciano lo sabía y la observaba con fascinación. Levantó la cabeza. El Gran Río, el Paraná, lo miraba de lejos. Ahora estaba retirado, haciendo más ancha la playa. “Agazapado como un yagareté, listo para lanzarse sobre la playa e inundarlo todo”, pensó Luciano. Los yagaretés se apoyaban en sus patas traseras antes de dar unos saltos increíbles para cazar a sus presas. Los había visto parados en las ramas de los árboles con su padre cuando arriaban ganado por los esteros del Iberá.

—¡Luciano, correte, che! —Era Mariana, que venía montada a pelo en un alazán. Le pasó al lado levantando una nube de polvo. Riéndose a carcajadas, dio vuelta el caballo con gran destreza. Mariana montaba como los varones, algo que en esa época no hacían las mujeres, pero a ella no le importaba romper las reglas. Tenía solo once años y era muy independiente. Su papá era un gaucho, y su mamá, una mujer guaraní. Se había criado casi sola yendo de un grupo a otro entre criollos y guaraníes. Algunos no la aceptaban por ser india y otros por ser blanca. Luciano tenía doce años, era hijo de criollos, pero no hacía diferencias entre sus amigos. Bastante más alto que Mariana, era delgado, pero fuerte. Los brazos parecían demasiado largos para ese cuerpo, estaba creciendo. Se encontraban casi todos los días. Siempre inventaban algo para hacer juntos hasta que el sol se ocultaba en el horizonte por atrás del Gran Río.

—Dejate de embromar, paisana —se quejó el niño refregando la manga de su camisa por la boca y la nariz para no estornudar. Se agachó a agarrar un guijarro y se lo tiró a las patas del caballo. El alazán se encabritó y levantó las manos delanteras yéndose para atrás. Finalmente, se tranquilizó y la muchacha saltó al piso descalza.



Se encontraban a pocos metros de la barranca. Las orillas del río Paraná eran como la tabla de una mesa, y ellos estaban sentados en el borde de la tabla con los pies sobre el vacío. El terreno terminaba abruptamente, como si alguien le hubiera pegado un hachazo y lo hubiera partido. Una parte de la barranca se había caído por el desgaste que producía el agua del Paraná.

Mirando hacia abajo, Mariana sintió cosquillas en la panza. Era como acercarse a un precipicio; hasta la playa allá abajo había un montón de metros. Si uno se caía... Pero los chicos no tenían miedo, habían estado en ese lugar muchas veces.

—Falta poco para que el sol se empiece a ir —dijo Mariana y después se quedó en silencio. Luciano no contestó nada.

El atardecer los había sorprendido más de una vez jugando con Ambrosio, otro muchacho mestizo casi de la misma edad que se les unía después de trabajar duro

durante la jornada. Los tres chicos trabajaban como grandes: limpiaban el patio de los ranchos, enlazaban los caballos, ponían trampas para cazar, arreaban el ganado y sabían preparar carne para hacer chasqui, ordeñar una vaca y, sobre todo, ¡pescar!

Sus ranchos estaban cerca. Las familias de Luciano y Ambrosio eran aparceros de los dueños de los campos que pertenecían a españoles radicados en la zona. Estos tenían grandes campos que llegaban hasta la orilla del Paraná. Fue en esos encuentros donde descubrieron la magia del atardecer junto al Gran Río. Cuando en el verano el calor era insoportable y la tierra parecía que se iba a prender fuego, el viento del Paraná era una bendición. Así los chicos se enamoraron del atardecer. Los tres eran sensibles a la belleza. Y esos paisajes no los aburrían nunca. Colores y sonidos de pájaros se unían a la música del curso del Gran Río al pasar. Ese día los amantes del atardecer eran nada más que dos.

—¿Qué le habrá pasado a Ambrosio?  
—preguntó la muchacha.

—¿No te enteraste? —contestó Luciano.

—No, no me enteré, ¿le pasó algo? —  
dijo Mariana mirándolo a los ojos.

—Quiere entrar al ejército del general  
Belgrano como tambor de guerra —decla-  
ró el muchacho muy serio.

—¿Ambrosio? —exclamó Mariana  
asombrada.

—Sí. ¿Vos creés que se va a acobardar  
en la guerra? —respondió Luciano desafian-  
te, defendiendo a su amigo—. Ambrosio es  
muy valiente —añadió por las dudas. Él re-  
cordaba cómo su amigo se había enfrentado  
a un yagareté y lo había hecho retroceder  
con una lanza.

—Sí, ya sé, solo que me da miedo  
—dijo Mariana tirando una piedrita al  
vacío. Tenía unos mechones negros  
enrulados que le caían por las mejillas.  
Con una cinta roja se ataba la trenza de  
pelo que colgaba en su espalda.

—¿Te acordás del tambor de Tacuarí?  
—preguntó pensativa.

Los dos chicos conocían la historia de Pedro Ríos, aquel paisanito que había aprendido a tocar el redoblante mientras se sumaba a la campaña del general Belgrano al Paraguay. Pedro “caminaba al lado mío avanzando contra el enemigo. Aunque se escuchaban los tiros y los cañonazos, él no salía corriendo ni retrocedía un metro”, había dejado escrito el mayor Celestino Vidal en sus memorias. El niño de doce años nacido en Corrientes avanzaba en la primera línea de la infantería. Todos



conocían la historia. En esa época la gente solo se comunicaba hablando o mandando cartas. Sin embargo, estos relatos corrían muy rápido. Pedro Ríos era nombrado en las reuniones de los paisanos, le decían “el tamborcito de Tacuarí”. Historia de valentía, historia trágica. Mariana sentía tristeza cada vez que la escuchaba. Se quedó pensativa con el ceño fruncido. Luego, preguntó:

—Pero ¿sabe tocar el tambor?

Luciano no contestó, y se quedaron en silencio mirando el Gran Río.

Un remolino rodeaba al jinete que se acercaba al trote a la barranca.

—¡Es Ambrosio! —exclamó Mariana con alegría, poniéndose en pie de un salto.

Ambrosio era un niño bajo y fornido. Con espaldas anchas, brazos fuertes y una sonrisa que parecía que se le había quedado pintada en la boca. “De qué te reís, Ambrosiano”, le decía su madre. Y el niño no respondía más que con otra sonrisa

sin decir palabra. No parecía tener pasta de soldado. “Pero yo sé que es corajudo y aguantador”, pensó Luciano, repitiendo una frase que le había escuchado al capataz de la estancia.

Llegó al paso y se deslizó del caballo desmontando como hacían los indios y los gauchos, sin tocar los estribos. Le ató la rienda flojita alrededor del cuello y lo dejó suelto. El caballo era tan mansito que se iba a quedar por ahí esperando a su dueño.

—¿Qué dice la paisanada? —saludó Ambrosio. Así hablaban los adultos, pero en esa época no había mucha diferencia entre los adultos y los niños, salvo el tamaño, claro. Luego se sentó completando la hilera y mirando también hacia el Paraná. Todos hicieron silencio. Llegaba el instante en que el sol se ocultaba detrás del horizonte. Era como un momento religioso para ellos. Duraba poco, casi hasta contar hasta diez. El sol pasó de negro a rojo oscuro y de

rojo oscuro a color incendio de pastizales:  
amarillo fuego.

—¿Así que te vas al ejército? —preguntó  
Mariana.

—Ajá —contestó Ambrosio.

—¿Y vas a ser el tambor del regimiento?  
—agregó Luciano.

—Ajá —respondió otra vez.

Mariana se impacientó ante tanto  
silencio. Pensaba que el muchacho no  
quería hablar del tema porque tenía miedo.

—¿Conocés la historia del tambor de  
Tacuarí? —le dijo como para enfrentarlo  
con la realidad de una vez.

—Ajá —contestó Ambrosio por terce-  
ra vez.

—Pero ¡che! ¿No sabés decir otra cosa?  
¿Te comieron la lengua las víboras? —pre-  
guntó Mariana enojada.

—Ajá. —Y silencio.

Finalmente, Ambrosio se puso a reír  
a carcajadas. Luciano se le tiró encima

y rodaron por la tierra hasta llegar peligrosamente cerca de la barranca. Mariana frunció el entrecejo. No podía creer que los muchachos no se dieran cuenta del peligro. Sin embargo, estaban tan enzarzados dando vueltas y agarrándose del cuello que se acercaron hasta el borde sobre la caída al río. De pronto, Luciano, que estaba con la espalda en la tierra y lo tenía arriba a Ambrosio, se retorció y lo dio vuelta. Ambrosio voló por el aire y... ¡desapareció! ¡Más allá del borde del precipicio!

—¡Ambrosio! —gritó Mariana.

Luciano lo tenía agarrado de un brazo. Tiró un manotazo para agarrarle el otro brazo, y nada. Ambrosio revoloteaba en el vacío riéndose. ¡Sí, riéndose! Mariana corrió a toda velocidad y se tiró de panza sin pensarlo. Agarró a Luciano de los pies.

—Dale, ¡tirá para atrás! ¡Ahora! —exclamó Mariana.

Ella tiraba de Luciano, y Luciano, de Ambrosio. Lo arrastraron para atrás, sin soltarlo aunque pesaba mucho. El chico ya tenía medio cuerpo arriba. Finalmente subió. El borde estaba firme en aquella parte y había aguantado el forcejeo.

Luciano quedó boca arriba mirando el cielo, respiraba violentamente. Mariana, sentada, temblaba de miedo. Se pasó rápido el dorso de la mano para secarse las lágrimas. Sentado en el piso, mirándolos con los ojos abiertos y con una enorme sonrisa en los labios, Ambrosio soltó esta frase:

—¡Ja, ja! Se asustaron ¿eh? ¡Ja, ja! ¡Uuuijaaa...! —lanzó un *sapucay*, un grito que resonó en todas las barrancas del Gran Río—. ¡Qué lindo que es volar! —exclamó el niño que soñaba con ser soldado.

En silencio, los otros dos chicos se fueron a sentar a su lado y lo abrazaron. Ambrosio, sin dejar de sonreír, se dejó

abrazar no más. Y en un puñadito de cuerpos flacos, manos morochas y pelos renegridos acabaron mirando en silencio cómo el Gran Río reflejaba los rayos tardíos del sol al atardecer.





# EL SARGENTO SOSA

Al día siguiente, los tres niños haraganeaban, una vez terminados sus trabajos en el campo. Les esperaban los trabajos en sus casas. Ya se habían olvidado del susto. Un pequeño perro negro y lanudo jugueteaba con ellos. Era mediodía, el calor apretaba. Ambrosio le tiraba una ramita y el perro salía corriendo a buscarla. Luego volvía moviendo la cola y esperando un nuevo proyectil como para volver a correr. Traer no traía nada, ni piedra, ni ramita, nada.

—¡Mirá que sos vago, negrito! —Ambrosio sonreía y le acariciaba la cabeza.

—¿Ya sabés tocar el tambor, Ambrosio?  
—preguntó Mariana, que no podía dejar de estar preocupada por su amigo.

—Empecé a practicar en el regimiento que está acampado aquí, cerca de Rosario —contestó el muchacho.

El perro lo miraba fijamente, listo para responder a cada gesto del niño, sin dejar de mover su cola alegremente.

—Lo más difícil es aprender el redoblan-  
te para la marcha —agregó Ambrosio mi-  
rando al piso.

Silencio.

De pronto divisaron una silueta que se acercaba. Las llanuras eran tan inmensas que se veía cualquier cosa que se moviera a mucha distancia. El caballo era grande y el jinete también. Tenía uniforme militar. Una espada colgaba al costado. Chaqueta azul, botones plateados y una gorra, también azul, con un escudo de armas. Todo venía bastante deslucido por el polvo del camino.

El hombre detuvo el caballo a unos cien metros y se fue acercando al paso. El

caballo bamboleaba la cabeza como si le molestara el freno. El soldado desmontó y mantuvo la rienda en la mano, dando los últimos pasos para acercarse a los chicos. Ambrosio, Mariana y Luciano lo esperaban expectantes y en silencio.

—¿Ustedes son de acá? —preguntó.

—Sí —contestó Luciano—. Mi padre es aparcerero de la estancia de los Fleitas. Yo vengo a buscar un recado al almacén del pueblo. Estos son mis amigos —dijo con orgullo y con la intención de proteger a los otros chicos.

—Ajá. Y ustedes dos, ¿cómo se llaman? —preguntó el soldado, que tenía un bigote negro tupido y una cicatriz debajo del ojo derecho. Era un hombre muy fuerte, su piel parecía cuarteada por el sol. Llevaba los galones de sargento en las mangas del uniforme.

—Yo me llamo Mariana.

—Y yo, Ambrosio. Estoy en el Regimiento de Patricios que vino de Buenos Aires. —Ambrosio apostaba a que el

soldado simpatizara con él. Lo miró, esperando ver alguna señal de afinidad.

—¿Usted va a ser soldado, hijo? —preguntó el hombre mirándolo fijamente.

—No, voy a estar a cargo del tambor —contestó Ambrosio.

El hombrón lo miró desde arriba.

—Ser tambor es ser soldado —afirmó, y se quedó mirándolo por unos instantes en silencio. Parecía estar midiendo la fortaleza del niño. Finalmente, asintió con la cabeza y murmuró algo para sí mismo.

Un viento fuerte venía del río. Los azotaba la polvareda. El caballo empezó a girar sobre sus patas traseras. Se estaba asustando el tordillo.

—¡Buenooo!, ¡buenooo! —dijo el hombre, tratando de no enmarañarse con las riendas, pero sin poder subirse al caballo para calmarlo.

El tordillo se paró de manos, es decir, con las patas delanteras. Sus ojos estaban desorbitados de miedo, relinchaba salvajemente, y el viento se sentía cada vez más

fuerte. Era un paisaje alocado: el sargento no aflojaba las riendas, saltaba al lado del caballo, que trazaba círculos sin parar. Por fin, de un salto se trepó al animal y se agarró fuerte con las piernas. El tordillo dio unas patadas con el jinete encima. El hombre podía acabar en la tierra y eso era peligroso, pensó Ambrosio. Ya las nubes cubrían el cielo. El sargento seguía bien agarrado a la panza del caballo. Se fue galopando a los saltos por el campo.

De a poco, el caballo se calmó. Pronto estuvieron de vuelta. Ahora el tordillo venía con su piel marrón brillante por el sudor. Ya estaba tranquilo, aunque tenía una manera de andar nerviosa, como si estuviera excitado.

—Acá pronto va a llover —sentenció el hombre levantando la voz para que los ruidos de la tormenta no lo taparan. Con tono de dar una orden, les dijo a los muchachos: —Ustedes no pueden estar aquí, porque esta tarde se va a instalar una batería de cañones. Justo aquí, en la

saliente de esa barranca. —Señaló el lugar donde casi se había caído Ambrosio.

—¡Cuidado, hombre! —gritó Mariana de repente.

Se quedaron helados. Una enorme serpiente yarará estaba cerca de las patas del caballo. Si algo le faltaba para volverse loco al tordillo, era eso. Salió en estampida. El sargento quedó inclinado para atrás y perdió el sombrero. Avanzaba

